

En una crónica reciente re-  
visamos de pasada el fenómeno  
contrario de la precocidad en  
el arte. Un joven escritor opi-  
na que la precocidad no exis-  
te porque eso que se crea antes  
de morir, de morir, de vivir  
en suma, no es arte sino algo  
así como una actividad incon-  
ciente y mecánica, sin conte-  
nido. Estamos en desacuerdo  
con él por la simple razón de  
que el artista precocemente  
muere y causa de la precocidad  
misma, una sensibilidad por-  
tuosa de la naturaleza a su edad  
(enfadada porque la edad  
adolescente, entonces a vean-  
tas). Además, si se estudia  
delicadamente su obra se des-  
cubrirá que el acento recae en  
que la naturaleza hasta el li-  
tal cada ya, antes o más lar-  
temente, en la que realiza de sí-  
mismo. Eso "accidental", es decir la  
singularidad del que crea en  
arte, es una misteriosa e indis-  
cutable en el niño precocemente  
como en el viejo artista. Y  
contra lo que nuestro autor  
cree, creemos, hallamos, que  
estas "su" sensibilidad deter-  
minante en el Mozart de los  
cinco años como en el de los  
treinta y cinco, no reconocen  
el mismo causal que a la  
singularidad de la forma y la  
expresión del "yo" y el "saber  
aliquando". Resumamos, tam-  
bién que en el arte literario,  
más que en cualquier otro, se  
requiere, para desplegarlo en  
toda su multiplicidad, la  
conciencia permanente de la  
inteligencia; pero ésta a su vez,  
en las obras precoces, sufre la  
medida común. Con todo,  
es quizá en el factor intelligen-  
cia donde se produce el mayor  
cambio en la obra de un escritor.

Hasta aquí, elaboraciones,  
breves tentativas de análisis  
de la naturaleza de un hecho  
que tenemos ahora a la vista.  
Hecho aquí. Sin saber bien cómo,  
formas teniendo conoci-  
miento de que dos poetas  
ya obra actual mucho estimada,  
hoy jóvenes, han repre-  
sentado dos casos de precoci-  
dad de obras impresionantes.  
Despertada la curiosidad, pre-  
guntamos aquí, cómo, y resul-  
ta que a este por lo que  
otro gran poeta esta vez en  
poeta, y luego un cuarto. Y  
bien, son ellos, Armando Uri-  
be, José M. Ibáñez Langlois,  
Carlos Ruiz-Tagle y Carlos  
Morand. Nuestra tarea igu-  
rante de) caso tiene apenas  
una explicación. Por causa de  
tanto libro uno que prolifera  
en nuestra literatura, muy  
rara vez, hasta hace unos tres  
años, leamos obras naciona-  
les. Ah, la mala literatura chi-  
lena se cuenta entre las cosas  
afortunadas en este país. Por  
que mientras más malo un li-  
bro mejor número de edicio-  
nes le favorecerá. Pero pas-  
mos.

Antes de hablar de cada uno,  
es de mucha justicia refe-  
rirse a don Roque Esteban  
Scarpa. Tres de los nombra-  
dos fueron sus alumnos, los  
tres recibieron su estímulo  
eficaz y efectivo. Repetimos,  
efectivo. El realizó la publica-  
ción de los primeros libros de  
cada uno. Cada poco cuando de

## De la precocidad en literatura

por M. C. G.

un profesor de literatura que  
va más allá de dedicarse a ha-  
cer leer y leer por las tardes a  
los alumnos de la literatura ofi-  
cial, lo que resulta el mejor  
camino para que éstos dejen  
con cordialmente los libros.

Nuestro examen seguirá un  
orden alfabético.

Cuando que en el caso de  
José Miguel Ibáñez Langlois,  
a quien conocimos a través de  
sus últimas obras, debimos re-  
troceder bastante brevemente  
a aquel primer libro suyo.

Sabíamos que no podía ser  
mucho, pero nuestra benevolen-  
cia fue comprensiva y a priori,  
se hizo humo. ¿Qué decir?  
Bueno, que el nombre literario  
nos sobrepasó. "El  
autor de estos poemas tenía  
tal vez veintidós años?" murmu-  
ra el lector en nosotros a medi-  
da que la sorpresa crece. Vol-  
vimos a empezar, leamos más  
lento, y, pues, más ad-  
mirándonos aún. Libro puro,  
nada, un poco secreto y cur-  
vas cadencia: empiezan ya en  
el título "¿Qué palabras. Qué  
lecciones?". Libro, además,  
humano "humano" que fue  
y hoy se recrea en la opor-  
tunidad de los años y el silencio.

A esta pequeña prosa si-  
guieron dos obras que ante su  
madurez exploradora y por lo  
menos bien profunda, aparecen  
interiores por una intención  
personalista del autor. Y si su  
poesía no se recrea en la for-  
ma, indudablemente pierde el  
aura insólita de aquella obra  
precoc. Ahora bien, ¿qué crí-  
tica, así sea impresionista, co-  
mo la nuestra, puede comen-  
tar a esta poesía por igual  
libro y en forma? Assensu difícil  
y hasta testarudo. Pero aquí  
va.

En poesía como en música,  
la forma, en cada uno de sus  
volúmenes, al puede decirse,  
está determinada por la or-  
denación particular de esas pe-  
queñas unidades: las palabras,  
como en la música las notas.  
Tal ordenación es una técnica,  
muy cierta, mas ésta obedece  
"hacia" un punto de atracción  
que es la imagen —todo es  
imagen en el ser aún lo más  
abstracto— la cual, impresa  
a su vez en la interioridad  
del poeta. A nuestro juicio,  
cuando aquel ordenamiento  
logra la condensación de la  
imagen en el lenguaje, automá-  
ticamente ha producido  
también un sistema, un estilo,  
una estética. Ahora, para nos-  
otros, ¿qué es la imagen en el  
arte, entendida como técnica,  
limitadamente? Pues, la pro-  
yección de un absoluto, esto es  
de una psique. De ello que el  
gran artista en se reproduce  
funda y es "sola" en su obra.  
Este proceso o fenómeno per-  
cibido en nuestras reflexiones  
y que tratamos de exponer,  
se manifiesta en aquella poesía  
de Ibáñez Langlois con val-  
dez y transparencia raras.  
Por momentos uno diría que  
fue la significación y causa  
única de su existencia perso-  
nal... "Sus" palabras, al su-

bir la depuración lírica, ad-  
quieran la solidez del arte.  
Su orden es el orden interior  
de un artista, de uno muy in-  
solito: "el artista adolescente".  
Efectivamente que el libro de  
aquel adolescente más hace  
reflexión en un caso de eman-  
tación.

Mucho nos resistimos a citar  
de esta obra que es una para  
unidad armónica. Parece sin  
cambio, de rigor hacerlo:

Yo sé que de mis manos y en sus  
brazos, el poeta vive de las  
palabras, de las y de las palabras.  
Y así, habiendo inventado el poeta  
nuestro del amor.

Como párrafo aparte nos re-  
ferimos a Carlos Morand,  
quien se perteneció al "grupo

Saint George's" de Scarpa. De  
él nos habíamos con entusiasmo  
un común amigo hace unos  
doce años o más. Su primer  
cuento publicado, "La Heri-  
da del Tiempo", fue escrito a  
los veinte años, cuando de es-  
quecer muy seguro y desafi-  
cadas intenciones de escritor ya  
avanzado: "Suave y doloroso  
como el aliento de una respira-  
ción en un punto sensible".

Pero Morand había escrito  
antes, y mucho. Con esa pro-  
ducción tenía un hecho que  
nada un carácter: fue destrui-  
do totalmente por el joven. Y  
nuestro ahora lo sentimos de  
venir. ¿Disciplina, rigor?

Quizá. Tal vez ese rigor uni-  
do a su pasión por la litera-  
tura han hecho de él un buen  
cuentista primero y un talen-  
toso ensayista y crítico en se-

guida. Se estudia sobre los  
adolescentes en la obra de  
Huxley, publicado por el Cen-  
tro de Literatura Comparada,  
es uno de los muy buenos que  
sobre éste hemos leído. Mu-  
chas observaciones sagaces  
con extraordinaria claridad y  
fino estilo, depositan esa pre-  
cipitación del conocimiento que  
arranca de una adolescencia  
sensiblemente vivida.

El notable caudal de lectu-  
ra que se percibe en Morand  
fue desde luego iniciado tam-  
bién en edad muy temprana  
bajo la vigilancia y el incen-  
tivo de su padre, caso como  
el de Scarpa, nada común.

Diremos por último que su  
obra de crítica —tarea gene-  
ralmente "de viejos"— es hoy,  
a los treinta años y tenía en  
cuenta la excelencia, la pre-  
ocupación de sus crónicas,  
también una obra precoc.

Carlos Ruiz-Tagle fue por  
cierto un extraordinario pre-  
cursor (PASA A LA VERDAD)

## EL MAESTRO Y SUS DISCIPULOS

De izquierda a derecha: Carlos Morand, Carlos Ruiz-Tagle, Roque Esteban Scarpa, Armando  
Uribe y José Miguel Ibáñez Langlois



Nº 229, 19 de mayo de 1967

## De la precocidad [artículo] M.C.G.

Libros y documentos

AUTORÍA

M. C. G.

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

1967

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

De la precocidad [artículo] M.C.G.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile